

IX

La familia de Raúl va a Marruecos

Faltaban veinte días para las vacaciones de verano y los dos amigos contaban uno por uno los que les quedaban para ir a Marruecos. La familia de Raúl estaba preocupada por todo lo referente al viaje: los pasaportes, qué coches necesitaban, si había que llevar comida, harían falta algunas vacunas, si tendrían que cambiar los euros por monedas de allí, el tema de la isla de Perejil aún estaba muy reciente, no había embajadores... Todas las preguntas que cualquier viajero, sobre todo si va con niños, se hace cuando sale de España hacia un país distinto. Mohamed les fue disipando las dudas.

—Ya sé que somos más desconocidos y un poco más atrasados que vosotros —le decía al papá de Raúl— pero, tranquilos, tenemos médicos, hospitales, las mismas enfermedades que vosotros, carreteras más o menos buenas, autopistas, lo de Perejil fue una anécdota... Solamente necesitáis el pasaporte porque el dinero lo podemos cambiar allí mismo, en el mercado negro.

—¿El mercado negro? —preguntó Pedro.

—Sí, en lugar de cambiar los euros en los bancos, los cambiamos a personas que se dedican a negociar con el dinero europeo y que te dan más dirham que en los sitios oficiales. Y de comida nada, estaría bueno que estuviérais de invitados y llevaseis comida. Tranquilos, que vais a comer bien y, si me apuras, cosas más naturales que en España.

En el colegio los dos niños mostraban un nerviosismo especial que tenía preocupada a Marina. Al final de la clase de aquel día, la profe mandó quedarse a los dos chicos para hablar con ellos.

—Vamos a ver, ¿qué os pasa que estáis tan nerviosos?

—¡Que nos vamos de vacaciones a Marruecos! —contestó Raúl sin poder disimular su alegría.

—¿Que os vais a Marruecos? ¿Cuándo? ¿Con quién? —Marina sintió un poco de envidia.

—Nos vamos las dos familias a mi pueblo durante quince días —replicó Abderrahim.

—Anda, ¡qué bien! ¿Y a qué parte de Marruecos?

—Mi pueblo está a 90 kilómetros de Fez. Es un pueblo muy pequeñito —continuó Abderrahim sin poder detenerse y tratando de resumir lo que verían y lo que harían— en el que no hay agua corriente ni luz eléctrica pero eso casi no tiene importancia. Para llegar a él hay que ir en muía porque la carretera se acaba a 13 Km. Hay muchos animales y mucho campo. Los niños estamos todo el día por el monte haciendo picias y divirtiéndonos.

—Entonces, ¿tampoco tendréis servicios?

—¿Y para qué se necesitan con el campo tan grande que hay?

La última noche no pudieron dormir y sobre todo cuando vieron las maletas y los bultos cargados en los coches. Los padres decidieron viajar por la noche para que los niños fuesen durmiendo y para iniciar el recorrido por Marruecos de día. Abderrahim iría en el coche del papá de Raúl para compensar el peso del coche de su padre que iba cargado hasta arriba con regalos y ropa para toda su familia.

Cuando los dos niños abrieron los ojos se encontraron con un pedazo de mar que se abría paso entre grúas y chimeneas de una refinería, en Algeciras. En el puerto y junto a los muchísimos barcos, su alegría les empujaba a hacer preguntas.

—¿Cuál es el nuestro? —preguntaba Raúl a su padre.

—No sé, Mohamed es el que se encarga de todo. De todas formas son todos casi iguales a excepción de los de carga que llevan esas chimeneas tan grandes.

—¿Los camiones también entran en el barco?

—Creo que sí.

—Entonces se hundirá, seguro. Es que parece el camión más grande que el barco.

—Pues... te pones el salvavidas y nada como los delfines —le contestó el padre en broma.

Introdujeron los dos coches y subieron a las

salas. Les parecía estar viviendo una película de la tele. Inmediatamente los dos chicos comenzaron a curiosear.

—¡Eh, no os vayáis muy lejos! —les dijo Pedro.

—¡Tranquilo! Los barcos de ahora están cerrados completamente y no hay peligro de que se caigan al mar —le contestó Mohamed—. Hay dos formas de cruzar el Estrecho de Gibraltar, por Ceuta o por Tánger, ya en Marruecos. Lo hacemos por Ceuta porque es más barato y además podemos llenar los coches de gasóil que también cuesta menos que en la península. Pedro, cuando lleguemos a la frontera marroquí, me dejás que rellene yo todos los papeles y no te asustes de nada de lo que veas.

—¿Por qué? ¿Es que pasa algo? —le preguntó Pedro un poco preocupado.

—No, bueno pasan las cosas normales de la frontera marroquí en Ceuta.

Pedro se quedó un poco intrigado. Las dos mujeres aun sin entenderse todavía, se habían metido en la tienda de regalos. Paula compró dos frascos de colonia y un pañuelo de seda para el cuello. Todo era baratísimo porque en esa tienda no se pagaban impuestos.

La aduana española la pasaron sin problemas, solamente con mostrar los pasaportes. Al llegar a la marroquí, aunque era muy temprano, toda ella hervía de gente que iba vestida a la manera del país. A la familia de españoles le faltaban ojos para poder quedarse con todas las imágenes que pasaban por delante de ellos: aduaneros de verde, policías de azul todos con grandes bigotes y debajo del labio inferior unas pocas barbas, lo que ellos llaman *dbena* o mosca y que afirman ser signo de virilidad, campesinas con toallas en la cabeza y sombreros de paja con borlas azules de lana, hombres taciturnos con chilabas marrones. Todos iban a Ceuta. Mientras Mohamed esperaba su turno para hacer los papeles le contaba a Pedro:

—Todos van a Ceuta a trabajar o a comprar contrabando.

—¿Contrabando?

—Sí, todo el norte de Marruecos vive de lo que se compra en Ceuta, barato, claro, y se revende en cualquier zoco del país.

—¿No se pagan los derechos de aduanas?

—Mira, mira ese grupo de mujeres que van cargadas. Observa al policía.

—Le están dando algo y pasan sin problemas.

—¡Dinero! Es el "impuesto revolucionario". ¿No has visto que he metido un billete de 10 euros en los pasaportes? Los papeles se arreglan más rápido. Si no, tendríamos que esperar hasta dos horas. No te asombres de nada de lo que veas en el viaje. En mi país todo puede pasar y todo es posible.

Pedro se encogió de hombros y lo aceptó como algo nuevo.

—¡Ah!, también hay corrupción entre la policía y la guardia civil de Ceuta, lo habrás leído en los periódicos —concluyó Mohamed mientras le alargaban los pasaportes ya diligenciados.

—¿Estamos ya en Marruecos? —preguntó Raúl.

—No, cuando crucemos aquella barrera. El viaje de ida lo vamos a hacer por el interior y volveremos por la costa para que veáis las dos partes. La primera gran ciudad que nos encontraremos será Tetuán y no pararemos a no ser que lo necesitamos.

—Esa ciudad fue española durante el Protectorado de Franco —dijo Pedro.

—Casi todo el norte, el sur de los franceses.

Rodearon Tetuán y tomaron la carretera hacia Fez. Cruzaron las estribaciones de la cordillera del Rif dejando a un lado Chefchauen la ciudad a la que llegaban los *hippys* en los años 70 procedentes de Torremolinos para experimentar nuevas sensaciones. La primera parada se hizo al mediodía en una gran explanada en la que solamente había pequeños chi-ringuitos con corderos muertos colgados de ganchos.

—¡Vamos a comer! Paula que no te dé asco nada porque nosotros aún continuamos vivos pero si tienes algún problema, lo dices.

La familia española miraba y callaba. Abderrahim les observaba con sonrisa de superioridad. Los novatos eran ellos. El estaba en su terreno y se sentía importante. Comieron chuletas de cordero, ensaladas con muchas especias y té.

—¿Cómo podéis comer carne con té tan dulce o con zumo? —preguntó Pedro.

—La costumbre.

—A mí me va a costar porque aquí, beber vino o cerveza, nada de nada.

—Claro, está prohibido. Pero hay bares y hoteles que tienen permiso para despacharla.

Después de la comida, las mujeres y los niños se quedaron dormidos. La siguiente parada la hicieron en Fez, cerca del pueblo de Abderrahim. El calor del verano del centro de Marruecos se iba notando y las botellas vacías de agua Sidi Ali o Sidi Harazen se iban amontonando en la bandeja trasera.

—Esta ciudad es muy grande y me he fijado que tiene murallas —preguntó Pedro.

—Dicen que es la ciudad más antigua del país. Los sultanes Idrisíes que fueron los primeros, descienden de aquí. Tiene más de un millón de habitantes. La veremos despacio.

—Antes de parar, hemos dejado otra ciudad y me ha parecido ver también unas ruinas.

—Sí, Meknes y las ruinas romanas de Volúbilis, nosotros las llamamos Ualili.

—También las visitaremos.

Mientras tomaban un refresco a casi 40° a la sombra de una Jacaranda, Raúl y Abderrahim miraban cómo un grupo de niños se jugaba el dinero con unas cartas dobladas. Paula se fijaba en las ropas de las mujeres, unas iban tapadas y otras con vestidos europeos. Pedro estaba callado.

—¿En qué piensas Pedro? —le preguntó Mohamed— Me parece que estás sufriendo la primera reacción que tienen los turistas novatos.

—Bueno, no sé, me estaba fijando en la cantidad de niños mal vestidos que hay por las calles, los pobres con harapos, los chalets tan exageradamente grandes que había antes de entrar en Fez... Es muy grande el contraste.

—Un poco más exagerado que en España pero, ¿no hay pobres y abandonados en las calles de Madrid? Es cierto que las cifras no engañan y que los datos de paro, de pobreza y de renta per cápita están ahí, pero una de las cosas, te lo digo sinceramente, por las que me alegro que hagáis este viaje es para que os deis cuenta de que la emigración en muchos casos está justificada. Más adelante veremos más en el Marruecos profundo, el de los pueblos.

Pero no te quiero dar el viaje. Tú ten claro que vienes a Marruecos a conocer un país nuevo y

misterioso muy alejado de la cultura occidental, con tradiciones y cultura distintas, serás un turista siempre. Coge, imprégnete de todo lo que quieras, olvídate de las miserias y cuando vuelvas a España no pienses que sabes mucho de este país. Te aseguro que querrás volver.

Al atardecer, el sol se estaba ocultando tras la Medina Antigua de Fez, tomaron la carretera a Taza. Llegaron a Oued Amlil donde les esperaba el abuelo de Abderrahim, Sidi Ahmed, con tres muías y un burro. Se saludaron con efusión entre lágrimas de alegría. Quiso conocer de inmediato a su nueva nieta. La besó en la frente. Mohamed presentó a los invitados. Paula le extendió la mano y el abuelo se dirigió hacia Pedro quien le alargó la suya. Si Ahmed se la apretó con efusividad y al mismo tiempo le estampó cuatro besos en las mejillas sin darle tiempo a reaccionar. Pedro miró a Mohamed desconcertado.

—¡Es la costumbre! Es señal de buen recibimiento.

Colocaron los bultos en los animales y subieron a ellos. La cara de los españoles estaba marcada por el miedo y por la intriga. Jamás habían montado en muías.

—Tranquilos, que no os pasará nada. Las bestias están acostumbradas —les dijo Mohamed.

Raúl y Abderrahim montaron en el burro con una cara de alegría increíble.

—Este burro me conoce muy bien. Le he hecho tantas perrerías que somos como hermanos —le dijo Abderrahim a Raúl riéndose.

—Durante el camino, me tienes que dejar conducirlo.

—¡Vale! Es muy fácil. Coges las riendas y él te llevará sólo.

Un candil de petróleo iba alumbrando la caravana nocturna camino de Aulad Ahmed, el pueblo de Abderrahim. Pedro se reía y Paula se removía y cambiaba de postura cada cinco minutos porque se sentía muy incómoda. Raúl tomó las riendas del burro sintiéndose un caballero de la Edad Media sobre su caballo. Al poco rato el burro hizo un movimiento raro y se salió del camino.

—Oye, que este bicho se está poniendo borde —le dijo Raúl a su amigo.

—Sujétalo bien y tira de la cuerda a la derecha, hasta que coja el camino otra vez. Te falta

costumbre.

El burro dio un giro brusco y violento y comenzó a correr sin parar.

—¡Tira de las dos cuerdas a la vez! ¡Nos va a tirar! —le gritó Abderrahim muerto de risa.

—Tú le has hecho algo —miró hacia atrás y vio que su amigo iba descalzo de un pie.

—Le iba metiendo el zapato entre el rabo y el culo para ver qué tal conducías.

—Eres un... ¡Cógelo tú!

Llegaron al pueblo del que solamente se veían cuatro o cinco luminarias encendidas. Todos los demás miembros de la familia les esperaban junto a la puerta de la casa, sentados en un poyo de ladrillos y yeso. Saludos y más saludos y Mohamed les fue enseñando la casa, la primera casa de un marroquí en la que iban a vivir durante unos días. Tenía un gran patio central al que daban bastantes habitaciones adosadas unas a otras pero con puertas diferentes.

—Cada habitación es como una casa —les explicaba Mohamed—. En una de ellas viven mis padres, en la otra mi hermana y mi cuñado con sus hijos, en esa de ahí todos los solteros y la última la tenemos reservada para las visitas. Será la vuestra.

Al entrar en la casa-habitación, Mohamed se quitó instintivamente los zapatos antes de pisar la estera de paja que había en el suelo.

—Es una costumbre —les dijo—. Vosotros, haced lo que queráis. Me gustaría que os sintierais como en vuestra propia casa, bueno un poco más incómodos.

Paula hizo un recorrido rápido por la estancia. No había camas. Un baúl en un rincón, muchos catres con esponjas sobre ellos que rodeaban la gran sala, mantas apiladas en otro rincón, una jarra con agua y dos vasos sobre una diminuta mesita, ese era todo el ajuar.

—Mohamed, ¿dónde se duerme? —preguntó Paula.

—En estos catres. Se llaman *mtarbas*. Por el día sirven para sentarse y por la noche se convierten en camas. Son cómodos, ya lo veréis. Lo que os resultará complicado es el tema de los servicios. No tenemos. Tenéis que salir al campo o a las cuadras de los animales.

—Nos lo imaginábamos —dijo Pedro— No te preocupes, ya nos arreglaremos. No hace tantos

años en España sucedía lo mismo.

La familia española colocó las maletas y sacó lo indispensable. El candil de gas iluminaba escasamente la sala dándole un aspecto de película en blanco y negro. Sus sombras les perseguían por todos los rincones. Raúl estaba un poco asustado. Mohamed les llamó para cenar. Bajaron al patio central donde ya corría un poco el aire fresco de la noche aliviando el calor de todo el día.

Toda la familia, incluidos tíos y primos estaban acomodados sobre unas mantas y una estera de paja, los hombres junto a los platos y las mujeres y niños pululando entre la cocina y el grupo. Mohamed acercó a la familia española pero Paula se dio cuenta que las mujeres marroquíes no iban a comer.

—¿Las mujeres no comen con nosotros, Mohamed?

—Ya os lo expliqué en España.

—Pues, estoy pensando que yo también me espero al segundo turno —le replicó Paula reivindicando el papel de la mujer.

—Te entiendo pero sería una falta de consideración a mi familia. Hay un refrán en España que dice: "Allá donde fueres, haz lo que vieres". Tengo yo más interés que tú en cambiar muchas cosas de mi país pero te aseguro que aunque ésta es importante, las hay mucho más.

—Llevas razón, Mohamed, —le dijo Pedro—, aún no hemos aterrizado y...

—¡Vamos a cenar! —le interrumpió Mohamed.

La velada se alargó hasta que Raúl y Abderrahim se quedaron dormidos sobre las mantas agotados por el viaje. El matrimonio español salió al campo entre ladridos de perros y volvió al dormitorio.

—Aquí sobra poco de todo. ¿Te has fijado cómo van vestidos los niños pequeños? Además van todos descalzos.

—Pues anda que las mujeres... Con cuatro trapos van apañadas —le contestó Paula.

—Bueno, no nos vamos a deprimir el primer día. Ya veremos.

La primera noche en Marruecos fue movida sin que hubiese un problema serio. Los animales de las cuadras vecinas y los perros de la calle se

conjuraron a distintas horas para no dejar dormir a los españoles. La vaca a la una de la madrugada, el burro sobre las tres, los gallos a las cuatro y los perros siempre que oían cualquier ruido extraño conformaron una orquesta nocturna que les tuvieron en vela. A Pedro le vino a la memoria las noches de verano cuando sus padres le llevaban a casa del abuelo en el pueblo. A las seis de la mañana todo el mundo estaba levantado para comenzar las tareas. Mohamed esperó hasta que aparecieron los tres con los ojos a medio abrir y aspecto de cansados. Después de desayunar les llevó a recorrer el pueblo de seis casas solamente con techos de uralita o latón y paredes de barro.

Los dos niños salieron del patio central y se encontraron en la puerta a Bocarrota y Pies Torcidos. Abderrahim les habló en árabe y los dos miraron a Raúl con risitas. Conectaron al momento y quedaron para el día siguiente porque ése se iban a Fez. Durante el trayecto en muía para recoger el coche, Pedro y Paula iban observando el campo, las tierras, las siembras, los campesinos. El espectáculo resultaba desolador. Aquel año había llovido poco y las consecuencias eran palpables en las caras de las personas, en su forma de vestir y especialmente en su forma de mirar.

—Mohamed, esta gente ¿de qué va a vivir? —preguntó Pedro preocupado.

—Si les queda algo por vender de la cosecha anterior, irán tirando hacia delante pero si no tienen nada que será lo más normal, de lo que les den las familias, de pedir por las calles o vendiendo lo poco que tienen. Si reúnen dinero suficiente para pagar a las mafias del norte, el miembro más joven o más capaz de la familia se arriesgará e intentará llegar "al paraíso de Europa" esperando que la suerte cambie. ¡Cambia tan pocas veces! Sin ir más lejos, tenemos un caso muy reciente en mi familia, mi primo. Es el hijo de un hermano de mi padre al que las cosas no le van nada bien. Vendió parte de las tierras para conseguir el dinero suficiente y pasar a España. Ha estado dos años en Tánger esperando poder "saltar" y al final, aquí está sin dinero y haciendo cestas de palmito para poder malcomer.

—¿Qué hace el gobierno?

—El gobierno no llega hasta estos lugares. Creo que todo se queda en Rabat y Casablan-ca —contestó Mohamed sin querer profundizar más en el

asunto.

Antes de coger el coche, se sentaron en la terraza de un cafetín. Compraron agua y tomaron un té. Varios niños rodearon la mesa a una distancia prudencial observando a los extranjeros. Abderrahim y Raúl se sentían muy importantes desde la inconsciencia de su situación. Cogieron sus botellas de coca-cola y se sentaron en el bordillo de la acera. Dos niños más mayores que ellos hablaron con Abderrahim.

—¿Quién es éste?

—Un amigo español. Vivimos en el mismo pueblo y vamos juntos al colegio. ¿Queréis? - Abderrahim les ofreció su botella.

—Dile a tu amigo que nos dé algo de dinero —le dijo uno de ellos mientras bebía.

—Él no lleva, lo tiene su padre.

—¡Pues que se lo pida! —insistió de peores maneras— Si no, os vamos a pegar.

Abderrahim no esperó más palabras y se lanzó contra él a puñetazos y patadas. Raúl no se enteraba de qué iba el asunto. Rápidamente intervinieron los padres y la reyerta no llegó a más.

A punto de levantarse de la mesa, se les acercó una señora de mediana edad con un pasaporte marroquí en las manos. Estuvo hablando un buen rato con Mohamed.

—¿De qué hablabais? —preguntó Pedro.

—El pasaporte es de su hijo y como ha visto que sois extranjeros, me pedía que lo llevaseis para arreglarle los papeles y poder entrar en España. He tratado de convencerla de que era imposible y me ha llegado a ofrecer el dinero que quisiera. Dice que con los coches que traemos, allí se debe vivir muy bien.

—¡Madre mía! Si hubieses querido...

—A Ketama llegó un emigrante bien vestido procedente de Bélgica diciendo que necesitaba varios obreros para su fábrica. Fue recogiendo pasaportes y papeles y anotando sabe dios qué en una libreta. Claro, antes exigía a cada uno de ellos 10.000 dirhams, casi 1.000 euros, para la tramitación de cada expediente. Una mañana el *fkih* del pueblo recibió una llamada telefónica diciéndole que debajo de una de las alfombras de la mezquita, estaban todos los pasaportes. El pájaro había volado.

—¡Qué sinvergüenza!

—No es el primer caso del que juega con la ignorancia de la gente para ofrecerles el oro de Europa.

—Vosotros también contribuís a que la gente se ilusione. Seguro que cuando venís de vacaciones gastáis sin tino, invitáis a todo el mundo. Y lo que no saben es la cantidad de malos ratos que pasáis.

—¡Es verdad! Llegar a España es fácil relativamente, lo difícil es establecerse.

Llegaron a Fez y se introdujeron en la Medina Antigua. Paula y Pedro iban con la boca abierta entre el laberinto de calles, callejones y rincones que se cruzaban unos con otros, todos ellos abarrotados de gente. Las tiendas del oro, las de los hilos de múltiples colores y los bazares llenos de cosas típicas de Marruecos hacían las delicias de Paula que quería pararse en todas. Abderrahim y Raúl iban más pendientes de los chicos con los que se cruzaban y que siempre dirigían sus miradas hacia ellos. Salieron de la ciudad después de visitar las medersas, las tiñerías donde tuvieron que taparse las bocas con los pañuelos por lo mal que olía y donde vieron a niños de corta de edad sumergidos en las pozas de tinte y sosa hasta la cintura. A Paula se le quitaron las ganas de comprar cuando comparaba la vida de sus hijos con la de aquellos niños. Llegaron a Meknés donde Paula y Pedro aprovecharon una cafetería para pasar a los servicios. Comieron en el camino hacia Volúbilis, Abderrahim y Raúl se durmieron quedándose en el coche mientras los padres recorrían la ciudad romana.

Al regresar al pueblo y antes de dejar el coche y coger las muías, Mohamed se pasó por el zoco para comprar unos gallos. Se acercaron al puesto de venta y seleccionó a dos de ellos. Mientras hablaba con Pedro y Paula, el muchacho de la tienda los mató cortándoles el cuello y dejándoles que se desangraran.

—Oye, Mohamed, tú me has dicho que no podéis comer carne que no se haya matado por un musulmán mientras dice una oración —le comentó Pedro con sonrisa irónica.

—Anda, pues claro.

—¡Qué casualidad! He estado pendiente del chico que los mataba y no ha dicho ninguna oración.

—Bueno, pues se le habrá olvidado. ¿No

metéis la pata también vosotros en vuestra religión?

—No, si era porque como te pones tan intransigente con la comida en mi casa...

A la familia de españoles les estaba gustando el viaje no sólo por lo novedoso que les resultaba sino por la hospitalidad con que aquellas personas de pueblo les estaban obsequiando continuamente. Pedro sentía que el trato en España se había vuelto demasiado frío e impersonal y sin embargo, allí, en un lugar perdido del mundo, con escasas comodidades, con miseria por todas partes, limitados, el calor humano, la sencillez y la generosidad afloraban en cualquier momento. Así se lo comentó a Mohamed.

—Es lo único que podemos dar —le respondió el marroquí—. De todas formas, estáis de viaje por unos días nada más y la hospitalidad es uno de los principios básicos de todo buen musulmán.

Ifrán es una ciudad creada artificialmente en torno al palacio de invierno del rey. Casi todas sus casas son pequeños chalets o palacetes de la gente más acomodada de Rabat y Casablanca donde pasan largas temporadas esquiendo. Mohamed les quiso llevar allí porque es un lugar donde el calor del verano apenas se nota y para que viesan mucho más vivamente el agravio comparativo entre ricos y pobres. La obsesión del marroquí era justificar de cualquier forma la emigración.

Los dos niños se quedaron en el pueblo con Bocarrota y Pies Torcidos.

—¿Qué hacemos? ¿Adonde podemos ir? — les preguntó Abderrahim.

—Podríamos ir a buscar nidos de urraca — le contestó Bocarrota.

—¡Bien, vale! —contestaron al unísono.

Bajaron hasta el río seco. Los pocos árboles estaban pelados de hojas y entre sus ramas se veían con claridad los nidos de las urracas. Bocarrota se encaramó al primero sin resultado porque el nido estaba vacío. Pies Torcidos subió gateando al más alto.

—Como se le enreden los pies, se va a pegar un estacazo que ya verás —le dijo Raúl a su amigo.

—Tranqui, que ése tiene más habilidad que los gatos.

—Eh, tiene dos huevos —dijo Pies Torcidos.

—Cuidado, que no se te rompan —le ame-

nazó Abderrahim mientras subía a una acacia.

Raúl miraba a los tres chicos pero no se decidía.

—¡Venga, sube! —le animó Abderrahim.

El español dudaba entre la nula pericia que tenía para subirse a un árbol y el no quedar mal delante de aquellos niños marroquíes. Finalmente se decidió. Se agarró al tronco mientras Bocarrota le sujetaba y empujaba en el culo. Cuando se vio en las cruces del árbol, miró hacia abajo y a los demás muchachos con una sonrisa victoriosa. ¡Era la primera vez que se subía a un árbol! Se acercó hasta un nido.

—¡Ahí va! ¡Éste tiene dos pajaritos! —gritó loco de alegría por el descubrimiento.

—Cógelos y los metes dentro de la camiseta para que no se te caigan —le dijo Abderrahim—. ¡Baja ya y con cuidado!

Miró hacia el suelo dos veces y comprobó que subir le había resultado demasiado fácil para lo complicado que se le presentaba bajar.

—No te agarres así al tronco que los vas a aplastar —le gritó Abderrahim.

Raúl lo quiso hacer con tanto cuidado que cuando le quedaban dos metros para llegar al suelo, se le escurrió una mano y todo su cuerpo fue a dar contra el suelo. Cayó sobre el brazo izquierdo y todo el grupo de niños oyó el chasquido.

El abuelo fue el primero en reaccionar. Sujetó el brazo con dos tablas mientras Raúl lloraba sin cesar. Le bajaron al pueblo en un tractor y allí tomaron un taxi que les condujo al hospital, en Fez. Llamaron a los padres a través del móvil y antes de llegar ellos al centro, ya estaban los padres esperando en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mohamed a Abderrahim con cara de pocos amigos.

—Nos hemos ido a buscar nidos y se ha caído del árbol.

—No te doy un guantazo porque tenemos visita —le contestó en árabe—. ¿No te das cuenta que hay que tratar muy bien a los invitados? ¡Eres la monda!

Paula estaba más asustada que Pedro quien tranquilizó a Mohamed.

—En España también le podría haber pasado. Lo único que quiero es que le atiendan bien. ¿Tienen buenos aparatos los

hospitales de aquí? No importa pagar lo que sea.

—Tú mismo lo vas a ver. El que va a un hospital en Marruecos y tiene dinero, no tendrá problemas.

Le hicieron dos radiografías comprobando que la rotura era limpia. Le escayolaron y a casa con algunos calmantes para el dolor.

—He visto que algunos enfermos entraban al hospital con sábanas y mantas —le comentó Pedro a Mohamed—. ¿Qué significa?

—En los hospitales públicos, bueno también en los privados, el enfermo se lleva la ropa de su casa.

—¿No tenéis Seguridad Social?

—No, aún no. Las medicinas y los gastos de hospital los paga la familia.

—Y si no tienen dinero, ¿qué pasa?

—Pues eso me pregunto yo muchas veces. La respuesta te la puedes dar tú mismo.

Los días de calor intenso del centro de Marruecos iban pasando. Los invitados no tenían tiempo para aburrirse porque cada día se veían sorprendidos por una visita nueva, por alguna invitación a comer en casa de algún familiar y especialmente por largas veladas nocturnas bajo la luz de la luna y algún candil mortecino en las que iban repasando la realidad del país y comparándola con la de España. Abderrahim iba mostrando a su amigo Raúl todos los lugares en los que había transcurrido su infancia: la escuela con suelos de tierra de la que se escapó el primer día, el árbol en el que el niño vio a Buhali convertido en cigüeña, la casa de la vieja Fatna, la del lagarto, la casa del *fkih* del que tantos cañazos había recibido por no saberse bien el Corán, el pozo, el monte donde los jabalís arrancaban con sus hocicos los palmitos que ellos mismos se comían crudos, la mezquita a la que entró Raúl sin que nadie le viese y la casa del ciego del pueblo, Si Hicham, que les contaba cuentos fantásticos y de mucho miedo. ¡Ah!, también fueron de safari de escorpiones. Raúl disfrutó y aprendió de aquella aula de naturaleza como jamás habría soñado.

Dos días antes de regresar a España, los cielos se cubrieron de nubes negras amenazando tormenta. Los truenos y los relámpagos sorprendieron a los cuatro niños intentando capturar

un lagarto. No les daba tiempo a resguardarse en su casa y se metieron en la que más cerca estaba, la de Si Hicham.

—Pasad, pasad, las tormentas de verano son muy peligrosas —les dijo el anciano que caminaba con una garrota y llevaba sobre la cabeza una taquí de lana—. No sería la primera vez que un rayo del cielo cayese sobre cualquier persona y la matase. Mi casa es segura, *hamdoli-lah*. Además, ésta es de las que duran. ¿Os hago un té?

Sin esperar respuesta, el viejo colocó el cazo con agua sobre su *mejmar* mientras resoplaba en las brasas. Los cuatro niños permanecían en silencio. Raúl examinaba la casa con detalle percibiendo que allí no había nada que sobrase. Cada relámpago que entraba por el ventanuco de la casa suponía un respingo y un ¡ay! de Raúl. Tenía un temor especial a las tormentas.

—No tengas miedo, niño —le dijo Si Hicham.

—¿Qué dice? —preguntó Raúl a Abderrahim.

—Anda, ¿eres español? —se dirigió el anciano a Raúl en un casi perfecto castellano.

Los tres marroquíes no daban crédito a lo que estaban oyendo, un viejo de su pueblo hablaba español y nadie lo sabía.

—¿Cuándo ha aprendido usted a hablar español, *ammol* —le preguntó Abderrahim.

—Hace tantos años... Yo estuve en España cuando la guerra.

—¿Qué guerra?

—Cuando Franco.

—Mi abuelo también estuvo —intervino Raúl

—. Me lo ha contado muchas veces. A lo mejor se conocieron allí.

—No sé, éramos tantos que... Recuerdo que pasamos en barco y... ¡Esperad, que os voy a servir el té.

El té humeaba y los cuatro marroquíes daban grandes sorbos. Raúl esperaba a que se enfriase un poco. Bocarrotas y Pies Torcidos se iban enterando de la conversación a trozos, los que les iba traduciendo su amigo.

—Pues, una noche de invierno, estábamos todos los moros en unas trincheras al lado de un pueblo que se llamaba... ¿cómo se llamaba? ¡Ah! sí, creo que se llamaba Morota.

—¿No será Morata? —le dijo Raúl.

—Eso, Morata. Estaba al lado de otro que se

llamaba Chinchón.

—Claro, los dos están muy cerca del mío.

—Habíamos encendido una gran hoguera para calentarnos a pesar de que un capitán nos había dicho que por la luz de la lumbre nos podían ver los aviones enemigos. El frío era más poderoso que el miedo. Además estábamos ya muy acostumbrados a morir después de ver caer a tantos. Junto a mí estaba recostado un muchacho mucho más joven que yo que se pasaba los días y las noches acordándose de su madre y rezando a *Al-lah* para poder volver a verla. Era su única aspiración.

Los cuatro niños, con los vasos en las manos y los ojos abiertos como platos, no perdían ni un detalle de las palabras del viejo.

—De repente y a lo lejos —continuó Si Hicham—, comenzamos a oír el zumbido de los aviones que se acercaban. Intentamos apagar con los pies y con los mismos palos las llamas. Demasiado tarde. Las primeras bombas con sus silbidos cayeron a nuestro alrededor levantando nubes de tierra y polvo. El chico se agarró a mí sin apenas dejar moverme. ¡Tírate al suelo, cúbrete bien!, le dije. El joven repetía una y otra vez: ¡*Ah. Imma habiba diali, ah imma habiba diali!* Me tiré sobre él cubriéndole con todo mi cuerpo y...

—Os cayó la bomba y le mató —dijo Abderrahim asegurando la solución.

—Sí, cayó justo a nuestro lado.

—Y ¿qué pasó? —preguntó Raúl.

—La bomba se llevó parte de mi pierna derecha pero el muchacho se salvó y creo que pudo volver a ver a su madre al *hamdoli-lah*. Estuve varios meses en un hospital pero pude regresar aquí, a mi pueblo. Desde entonces odio las guerras. Cualquier estallido me trae malos recuerdos. Muchas veces me he preguntado por qué tuvimos que ir nosotros a una guerra que no era la nuestra y no he encontrado una buena respuesta.

Un rayo de sol penetró por el ventanuco junto a olor a tierra húmeda.

—Bueno, ya ha pasado, ya no llueve.

En cuanto volvieron a la casa, Raúl dijo a su padre que había estado hablando con un viejo que sabía español y que había estado cerca del pueblo.

—¿Quién? —le preguntó Mohamed.

—Si Hicham, el viejo que nos cuenta historias

—le respondió Abderrahim.

Y llegó el día de la marcha. Todos se habían levantado más tristes que de ordinario. Se les notaba en la cara. Mientras iban cargando las maletas, todo el mundo se arremolinaba junto al coche. Apareció la madre de Mohamed con un queso fresco, dos tarros de miel, una hogaza de pan y una caja de dulces.

—Son para el viaje —dijo Mohamed.

—No sé —replicó Pedro casi con lágrimas en los ojos— cómo agradeceros las atenciones y la hospitalidad con la que nos habéis acogido. Este viaje nos ha servido, además de para conocer algo de vuestro país, para constatar que las buenas personas están en cualquier parte del mundo.

Raúl se abrazó con Abderrahim entre lágrimas.

—Hasta septiembre.

—¿Qué llevas escrito en la escayola? —le preguntó Paula.

—Son los nombres de mis amigos montos, Bocarota y Pies Torcidos. La guardaré toda la vida.